

LENGUAJE (1912)¹

Georg Groddeck

Desearía que no esperen que les dé una imagen completa de nuestro tiempo en estas conferencias. De hecho se decepcionarán si esperan que les cuente algo nuevo. Lo que tengo que decir es algo obvio y quizás todos puedan verlo de una mejor manera que yo, si bien ciertamente diferente. Sin embargo, vale la pena mirar ocasionalmente algo que es familiar, a través de los ojos de un extraño, y si no se logra nada más que un prolífico intercambio de opiniones, eso es suficiente para mí.

Con esto habré introducido el tema de hoy, que no es más que una charla con el fin de intercambiar opiniones y de mi deseo de platicarles un poco sobre el hablar.

Diariamente y a cada hora usamos un instrumento, me refiero al lenguaje, y lo hacemos tan comúnmente que lo damos por sentado y casi nunca pensamos en qué tipo de herramienta es, al igual que cuando usamos un pañuelo sin preguntarnos cuántos años tiene esta costumbre ni de dónde viene. Este es el destino de las cosas cotidianas. Hay algo que es claro: el lenguaje es el vehículo de la cultura. Es la precondition de la comunicación humana. El lenguaje ha creado la religión y el arte, construido calles y realizado comercio en todo el mundo. En verdad, es el medio por el cual el pensamiento se convierte en acción y, siendo eternamente fértil, produce nuevos pensamientos. La agricultura es tan impensable sin lenguaje como lo es la filosofía; las comodidades de la casa e incluso la casa misma fueron hechas por ella; toda acción, pensamiento, emoción, incluso el amor y el odio, Dios y la naturaleza dependen del lenguaje. Todo esto es obvio. Sin embargo, les ruego que miren a su alrededor una vez más, y con ojo y mente encuentren todos los conceptos que componen al lenguaje. Me gustaría que dediquen al menos un breve momento a la contemplación de este milagro. Cuanto más audaz sea vuestra imaginación, más rápido será vuestro examen de este mundo, y mejor para nuestra mutua comprensión.

Pero ahora les pido que consideren lo contrario, los efectos culturalmente inhibidores del lenguaje, las invencibles afirmaciones por las cuales el lenguaje esclaviza nuestro pensamiento y acción. Existe un dicho bien conocido acerca de que al hombre se le dio el lenguaje para ocultar sus pensamientos. Se puede pensar lo que se quiera de esto. Pero, eso no impide preguntarse si el lenguaje es capaz de expresar el pensamiento. Todos sabemos por experiencia que no lo es, que es incapaz particularmente de expresar los pensamientos más preciados y profundos. La naturaleza ha sido sabia en esto, ya que solo el individuo puede realmente saber acerca de sus pensamientos más íntimos y profundos. El pensamiento más personal del hombre es sin palabras, subterráneo, inconsciente, y la muda lucha de las fuerzas creativas con la naturaleza constituye la vida más íntima del hombre. El silencio interno es la verdadera personalidad humana, ya sea que uno elija llamarlo alma o espíritu o de cualquier otra manera. Esto es el común a todos nosotros, es el factor común, la entidad humana básica. Sin embargo, la habilidad creativa es el don más valioso de un ser humano. El grado en que puede comunicar vívida y eficazmente lo que sucede dentro de él, y el valor de estas comunicaciones, es una marca distintiva entre las mentes grandes y pequeñas, y la del poeta que sigue siendo el más grande de todos los mortales y del pueblo común. Sin embargo, incluso el poeta más maravilloso no puede expresar más de una fracción de su pensamiento en palabras; sus mejores ideas permanecen tan mudas como con todos las demás, y él estaría cometiendo un pecado si las revelara. Significaría no haber sido castrado. Se perdería a sí mismo y dejaría de existir como individuo si pudiera exponerse completamente. Aquí, como he dicho anteriormente, el lenguaje actúa como un grillete que sabiamente nos detiene. La naturaleza evita tanto mostrarse como realmente es, que no permite que la vida interior se conciba con palabras, ni siquiera con palabras silenciosas. De repente hay algo, nadie sabe de dónde vino. La vida es un abismo de oscuridad

impenetrable, de la cual se levantan formas extrañas como mariposas que pierden su belleza cuando el dedo las toca, y también lo harían nuestros pensamientos si tuvieran que ser convertidos en palabras. Cuando algo tiene que ser comunicado desde el alma más íntima, como sucede particularmente en las relaciones entre hombres y mujeres, entonces se hace mediante gestos, caricias, a la luz de los ojos, tal vez por un sonido más fuerte, tal vez incluso por música, pero nunca por idioma. La barrera es insuperable.

Pero hay algo más: el hombre no logra expresar su ser más íntimo en palabras; su capacidad de hablar no le permite decir la verdad. Si vamos un paso más allá, se puede reconocer que hablar como tal ya contiene una distorsión de la verdad. Hablamos de un pedazo de pan, un vaso de agua, una imagen, una estrella, como si fueran objetos autónomos con fronteras definidas. Eso es equivocado. No existen como objetos separados, no los percibimos como separados. Cuando percibimos un vaso de agua, también vemos la mesa en la que se encuentra, la mano que lo sostiene, la habitación en la que se coloca la mesa o la persona a la que pertenece la mano. Veamos otra imagen: un trozo de pan es ciertamente un trozo de pan. Todo el mundo sabe lo que es y también lo llama así. Déjalo acostado por solo dos días. Entonces todavía es un pedazo de pan para nosotros, pero mientras tanto ha cambiado; incluso con los sentidos contundentes se puede ver la transformación. Ahora está duro y seco, y ha comenzado a enmohecerse. Y, sin embargo, todos decimos: este es un pedazo de pan que quedó tirado. ¿Pero es esto cierto? No. Uno solo tiene que tocarlo o morderlo para saber que ya no es lo mismo. Recurrimos a las excusas y decimos: ya es viejo. Pero, ¿qué significa esto, “es viejo”? ¿Cuándo envejeció? ¿Hoy? ¿Ayer? No, envejeció gradualmente. ¿Gradualmente? ¿Cuándo empezó? Uno podría preguntar, y la respuesta es, en última instancia, que nunca comenzó a envejecer. Cambió constantemente, sin interrupción, nunca fue constante, ni siquiera la menor fracción de segundo, ni siquiera el momento en que lo sostuvimos en la mano, sino que cambió constantemente con la ayuda de ciertas fuerzas que están activas dentro de él y lo preservan en el contexto del todo. Entendemos de inmediato: el pedazo de pan solo existe como una cosa separada porque lo nombramos, porque lo arrancamos arbitraria y deshonestamente de su contexto, porque hablamos de él.

Por lo tanto, nos enfrentamos con el hecho de que cada palabra en nuestro idioma es una mentira, ya sea que sea pronunciada por nuestra boca o permanezca muda en nuestro cerebro, una mentira que viola los hechos, lo que nos hace mirar al mundo desde una perspectiva falsa y pensar falsamente. Pero es lo mismo con el agua que con el pan; por un momento no deja de evaporarse, de enfriarse o de calentarse; el polvo cae continuamente en él y también lo hace la luz y la corriente eléctrica. Tomamos una gota y la ponemos bajo el microscopio y preguntamos con asombro: ¿es realmente la misma agua, el agua que bebo?, hay miles y miles de animales en ella que se pelean, se aman, respiran, se alimentan, mueren y nacen. O tomémosle una foto. Nos paramos y lo miramos. ¡Oh, qué oscuro se ve! El pintor lo estropeó, todo está borroso, sin contornos, sin vida. Hay aquí una línea demasiado dura, allí vemos un bulto de carne sin forma. Y ahora desde la ventana cae un rayo de luz sobre la imagen. Sigue siendo la misma imagen. ¿Pero qué le ha pasado? De repente es diferente, brillante, colorida; triunfalmente el arte se afirma a sí mismo. Un poco de luz solar prueba que la imagen no existía por sí misma, que existe en el contexto del mundo, que solo nuestro lenguaje nos ha mentido. O, la estrella. Lo vemos brillar allá arriba en el cielo. Sin embargo, sabemos con certeza que cambia constantemente. Hace millones de años era una mota de niebla, en millones de años se extinguirá. Tal vez en este momento ya no sea una estrella brillante, simplemente vemos que la luz que miles de años atrás envió cuando aún existía, todavía brilla.

El lenguaje miente, debe mentir; esto se debe a que es parte de la naturaleza humana. Y, es la respuesta con la que Cristo accedió a lo que los romanos le habían dicho: “La verdad no está ni en el cielo ni en la tierra, ni entre el cielo y la tierra”, es clara para todos. Está en la naturaleza del lenguaje ser impreciso, distorsionar, está en la naturaleza del hombre. Sin embargo, también está en la naturaleza del hombre que cuanto más sofisticado éste es, más se corrige esta imprecisión del lenguaje y más veraz resulta ser. Esto es cierto en particular para el habla silenciosa, para hablar con uno mismo, para pensar. Los alemanes hemos producido un hombre que fue ejemplar en todas estas cosas, que reconoció y definió este fenómeno claramente: Goethe. Hay una declaración que hizo repetidamente al hablar y escribir y que trató de vivir conscientemente, quizás el único ser humano que lo haya hecho: todo debe considerarse como parte del todo. Ver el todo en la parte, ver en el todo la parte.

Así es como se debe hacer una investigación. Sujete el objeto frente a usted con fuerza, mírelo y tóquelo por todos lados, pero cuando lo haya hecho, recuerde que este todo aparente es simplemente una parte, un eslabón dependiente en una cadena. Cuando desee investigar un brazo, olvide que está unido a un cuerpo e intente verlo y comprenderlo como una entidad. Entonces debes recordar que este brazo no es nada sin el ser humano al que pertenece y que este ser humano es parte de sus padres y que estos padres provienen de la carne de animales y el fruto del bosque y que el rayo del sol despierta la fruta y los animales y que el sol gira alrededor de otros soles en el universo y debe su existencia a otras estrellas.

Ahora se dirá que estas son historias bien conocidas; todo el mundo lo sabe y no hay necesidad de llamar al viejo Goethe. Todos sabemos esto. Por supuesto que todos lo sabemos. Sin embargo, no vivimos como si lo supiéramos. Y vivir en la conciencia es el objetivo, el objetivo inalcanzable pero necesario. Experimentar todo como una parte, experimentarse uno mismo como parte, -nadie puede hacer eso. Y, sin embargo, es el camino hacia la verdad, el único camino y el camino que debemos tomar y que deberíamos tomar. No es fácil. ¿Quién de nosotros mira en ese momento una taza o el mantel o al vecino o a uno mismo, y ve en esa taza, esa tela, esa persona al mundo entero? Nadie. Nadie incluso lo intenta. Y, sin embargo, es necesario. Y, este intento transformará todo el mundo, el mundo interior, la religión y la ciencia. Y Goethe hizo este intento.

La reputación de Goethe como erudito tuvo un curioso destino. Sus contemporáneos lo rechazaron como un aficionado, incluso como un aficionado controversial, y durante medio siglo sus estudios científicos fueron considerados una tontería. Luego se puso de moda elogiarlo como precursor de Darwin, aunque colocándolo en un peldaño considerablemente más bajo que el ocupado por el maestro inglés. Poco a poco, las personas comienzan a comprender que él no fue simplemente un precursor, y que la declaración hecha por el fisiólogo Müller, en contra de esa burla universal en los años treinta, se empieza a tomar en serio: Goethe fue más grande como científico que como poeta. Podemos prever ahora que en los siglos venideros la gente dirá con razón que fue uno de los mejores pensadores de todos los tiempos. Mostró a la ciencia un nuevo enfoque, a saber, ver la parte en el todo, tomar el todo aparente como un símbolo del universo, ver el mundo entero simbolizado en una flor, un animal, un guijarro, el ojo humano, el sol; y construir el mundo a partir de esta flor, este guijarro, es decir, crearlo de nuevo e investigar las cosas no analizando sino colocándolas en el contexto del todo. Él, abrió este enfoque a la ciencia la cual podrá lograr resultados inimaginables en campos que hasta ahora no han sido probados y desconocidos, ya que, apenas hemos comenzado con este enfoque, que convierte los cuentos de hadas en verdad, confirma con su teoría de la radiación la antigua leyenda india sobre diferentes tipos de luz que emanan de todas las criaturas, y cumplen los sueños de los alquimistas y buscadores de oro al pretender transformar metales en otros metales. Goethe abrió nuevas vías a la vida. El viejo concepto del mundo que consideraba al hombre como la corona de la creación desaparecerá y surgirá una nueva vida con una nueva religión. Lo que ahora llamamos cristianismo, la doctrina del pecado y la salvación del hombre, se está desvaneciendo. Porque el hombre no es nada por sí mismo, solo existe como una parte dependiente.

Una vez más, se puede decir que todas estas ideas acerca de ver el todo en la parte o que el hombre no es nada por sí mismo no son nuevas para Goethe y han sido enseñadas por miles de hombres antes que él, y sin embargo el mundo ha continuado su curso. La sabiduría de Goethe es antigua, más antigua que las murallas de los asirios. Sin lugar a duda. Miles de personas lo han pensado antes que él, pero nadie intentó ponerlo en práctica, hacerlo realidad, vivirlo. Y ahora toma un poco de la vida de Goethe, cualquier día, cualquier palabra, cualquier poema o idea suya. En todas partes encontrarás el intento de hacer que la parte sugiera el todo y representar al todo aparente como parte. Nunca olvidó que estaba en el mundo y, como su criatura, afectó a este mundo. En todas sus declaraciones y revelaciones más íntimas, uno se enfrenta al imperativo: ser objetivo. A veces uno se siente tentado a pensar, cuando se encuentra con esta palabra recurrente que exige el más alto grado de abnegación, que está relacionado con los pensadores indios que luchan por el mismo propósito de objetividad, distanciamiento, deshumanización. Sin embargo, el indio se esfuerza por alejarse del mundo para alcanzar su objetivo. Goethe, sin embargo, se arrojó al mundo en la plenitud de la vida y trató de objetivarlo; no era en absoluto un renunciante del mundo, sino un ser humano que estaba muy vivo, tal vez la personalidad más viva de todos los tiempos.

No debe sorprender que se me escuche hablar con tanto entusiasmo. Mi intención es presentar las tendencias de nuestros tiempos modernos, y en este contexto la primera palabra tiene que ver con este hombre en el que se encarna la aspiración moderna de objetividad y la lucha por una nueva visión del mundo que no vea al hombre como un Dios; este hombre en quien se encuentra la religión venidera está encarnado. Porque es un hecho que está llegando y no muy lejanamente.

Por supuesto, no quiero sugerir que Goethe fuera un ser humano objetivo. Esto es totalmente imposible, cada hombre es subjetivo, nadie puede olvidarse de sí mismo, aunque al menos uno debería intentarlo. Y quien lo intente, aunque solo sea por un momento, se dará cuenta de inmediato de lo infinitamente difícil que es, y cómo tal intento puede purificar a un hombre con mil llamas y cambiarlo de adentro hacia afuera. Porque no es solo la artificial arrogancia del hombre, la cual se expresa en la creencia en la inmortalidad y la felicidad eterna, sino que, todos nuestros hábitos, nuestros pensamientos y sentimientos, toda nuestra vida y, particularmente, nuestro lenguaje está en contradicción con esta aspiración. Y esto me lleva de vuelta a la afirmación de que el idioma obstaculiza la cultura. Debe recordarse que el lenguaje posee la palabra Yo, una palabra que escuchamos en todas partes y que determina y domina toda nuestra vida. Y luego se debe tratar de entender qué tipo de Yo, se es. Intente comprender esto, sepárelo, entiéndalo como una entidad por sí mismo. Verá que esto es imposible. No hay tal cosa como un Yo; es una mentira, una distorsión decir: "Creo, vivo". Debería ser: "piensa, vive". Es el gran misterio del universo. No hay Yo. Hace mucho tiempo que la ciencia ha demostrado incluso a los más pedantes que este Yo está formado por millones de Yoes más pequeños; cada día trae más pruebas científicas del hecho de que la sangre que circula dentro de nosotros es una entidad tan independiente como el Yo en el que circula, y que el ser humano es tan dependiente e inseparable del todo como lo es la sangre del ser humano. Diariamente, la ciencia agrega más pruebas a la idea de que cada órgano, el cerebro, el corazón, cada glándula del cuerpo, cada célula es una entidad con voluntad y mente propia, y, sin embargo, no es más que una parte que ha surgido a través del todo y afecta al todo. Todo está cambiando. Ciertamente no hay Yo. Esta es una de las falsedades del lenguaje y desafortunadamente una fatídica. Porque nadie puede liberarse de esta sola palabra, Yo.

Nos enfrentamos a uno de los misterios más profundos de la naturaleza, el cual no se ha podido entender. La conciencia de ser un individuo, un Yo, es una conciencia primitiva y completamente internalizada. La razón, la ciencia y la religión pueden demostrar irrefutablemente que es una ilusión, pero el hombre preferiría ser desollado y vivir en sufrimiento que dejar de concebirse a sí mismo como un todo, como una individualidad, un Yo. Está en la naturaleza del hombre, es una de sus características, como la redondez de su cabeza o la forma de su mano. Y todos sabemos, también, que la autoconfianza del hombre es una gran fortaleza; incluso se podría decir que todo el propósito de la vida radica en el esfuerzo por afirmarse en este mundo, en la lucha por el reconocimiento de la individualidad. Cuanto más se separe el hombre de su entorno, más logrará, más alto se elevará por encima de los demás, más enérgico será, más fuerza obtendrá de los demás.

Sin embargo, la conciencia del Yo, este instinto natural, es como todos los demás instintos humanos. Al igual que el retoño de una planta que corre hacia la hoja, tiene que mantenerse presionada, cortada, o de lo contrario destruirá el equilibrio del hombre. Así, el deseo de felicidad es el impulso más profundo en el alma de una mujer; que ella no logre domesticarlo es la razón principal de los sufrimientos de la mujer. El instinto de autoconservación es el protector de la vida, pero, dejándolo solo, degenera en miedo. El poder del instinto es inmenso, elemental, y promoverlo artificialmente es destruir el todo a favor de la parte, una visión importante que arroja luz sobre los errores de nuestra educación y es una advertencia de peligro inminente. La vida se defiende de este peligro, sobre todo de su herramienta, el lenguaje. Al lado del ansia de felicidad pone a la histeria; los nombres glotón, vividor, borracho, cobarde se dan a aquellos que siguen ciegamente las fuerzas de la naturaleza. Honor, obediencia, industrioso, espíritu de sacrificio, todas estas palabras representan una cadena específica que se ha aplicado a estas fuerzas primitivas. Para domesticar la conciencia de uno mismo, también se ha intentado muchas veces; usar el egoísmo y el egocentrismo como potentes insultos en nuestro idioma. Sin embargo, cuán poco logran contra la sola palabra Yo. Se desintegran cuando se enfrentan con ella; el alma del hombre está saciada con la conciencia de su propia

personalidad, la creencia en sí mismo y en su propia importancia. Esta es su naturaleza. La humanidad es consciente de la más peligrosa de todas las mentiras lingüísticas. En todas partes, la abnegación se considera la más alta virtud. Ha sido plantada donde sea que el hombre intenta ennoblecerse.

En las dos religiones más altas del mundo, en el cristianismo y aún más en el budismo, la autonegación y el desprecio de uno mismo se consideran el objetivo de todos nuestros esfuerzos. Ahora, el budismo, que he llamado la visión más amplia de los dos, -el cual no se detiene en el hombre, sino que también incluye a los animales-; el Budismo, o al menos sus ideas fundamentales, está ganando cada vez más terreno entre los europeos. Sin embargo, el cristianismo sigue siendo la creencia principal de nuestro tiempo y, con él, el dogma que se desarrolló gradualmente a partir de los estados de ánimo envidiosos y básicos del hombre reprimido, el dogma de la inmortalidad del Yo y de la recompensa celestial y el castigo eterno al cual se está sujeto. Esta es una doctrina fatídica. No domestica las fuerzas elementales del Yo; les ha permitido convertirse en una fuerza terrible, y hay razones para temer que haya socavado la fuerza más profunda de las naciones europeas. Volveré sobre esto quizás en un contexto diferente, ya que la idea de la posición central del hombre sigue siendo un concepto fundamental de toda acción y pensamiento con sus implicaciones de un Dios que solo se preocupa por el bienestar del hombre, por la dominación del mundo del hombre, de la muerte sacrificial de Dios por el hombre. Aquí las pocas palabras que acabo de pronunciar serán suficientes para explicar mi posición con respecto a estos problemas; mi actitud de desprecio hacia la insana arrogancia del Ego humano.

Solo una cosa más que quisiera señalar. Una de las diferencias fundamentales entre la era moderna y la antigüedad es la actitud de la religión hacia la naturaleza. Los griegos vieron a Dios en todas partes. La naturaleza para ellos era algo venerable, algo temeroso. Nosotros, los modernos con nuestra desnudez inescrupulosa, no podemos entender por qué los griegos de la época clásica practicaban tantas costumbres extrañas cuando talaban un árbol o cazaban un animal. Sonreímos sobre el miedo supersticioso. Desafortunadamente con el miedo también perdimos nuestro santo temor; la única actitud hacia la naturaleza que tenemos es la del explotador frente a los explotados. Porque el amor sentimental de la naturaleza que albergamos es un sentimiento de lujo compartido por los estéticamente educados; no se trata de un sentimiento sagrado de asombro, sino de mirar y tocar importunamente gobernado por clichés. Para nosotros, la naturaleza ha perdido su divinidad. A esto le debemos todo nuestro progreso en tecnología, en civilización, a pesar de que hemos perdido mucho en cultura interna, en los valores internos. En la antigüedad, el hombre no presumía que él era el centro del mundo, el gobernante de la tierra, sino todo lo contrario. Y ahora debes considerar el extraño hecho de que las lenguas clásicas expresan el Ego solo por medio de terminaciones verbales. Para nosotros, el Yo se ha convertido en un obstáculo lingüístico casi insuperable para reconocer la falta de importancia del individuo humano y para dotar a la vida, la religión y la poesía del sagrado temor hacia la naturaleza. Quien mire atentamente la Europa moderna se horrorizará por nuestra falta de cultura, no importando cuán altamente se valore la sofisticación de nuestra civilización. El Renacimiento, el único movimiento que se puede considerar como una aproximación a la cultura, se originó con una nación que todavía estaba inmersa en la antigüedad y para la cual la palabra Yo es casi desconocida. E incluso ahora, los muertos y los totalmente degenerados italianos tienen una actitud hacia la naturaleza que los alemanes podríamos considerar cruda, bárbara, despectiva, pero que aún tiene rastros de una conciencia del Dios Naturaleza.

Nuevamente estoy usando una palabra de Goethe: God Nature, Gottnatur. He vuelto a este hombre deliberadamente. Porque nuestra relación con la naturaleza está comenzando a cambiar. Se nos abre un nuevo mundo, un mundo en el que puede haber un crecimiento de la cultura, en el que *Godhead Nature* se experimentará con asombro, un sentimiento del que apenas conocemos el nombre. Si algo puede reconciliarnos con la vida, que nos quita el aliento con toda su prisa y codicia, es la vista de esta suave corriente de veneración respetuosa de Dios Naturaleza.

Pero uno no debe subestimar los obstáculos, las rocas, desiertos y pantanos que obstruyen la corriente. Sobre todo, no se debe subestimar el poder de la tradición lingüística. No es solo el falso "Yo" lo que nos detiene. Como ya he dicho, este engaño está en la naturaleza del hombre. No puede, ni tiene que ser superado

por completo. Porque lo que pertenece a la naturaleza del hombre es legítimo y debe ser respetado. Sin embargo, hemos heredado palabras las cuales son las mentiras flagrantes de la ignorancia, las que sabemos que son mentiras, y las cuales todavía están tan firmemente arraigadas en el lenguaje que no podemos prescindir de ellas, de modo que nos sorprendemos cuando notamos por casualidad que ellas son mentiras. Piense en la palabra cielo. ¿Cuántos valores educativos, morales y vitales están asociados con esta engañosa palabra? Imprimida en la mente del niño, permanece de forma indescifrable en nuestro ser más íntimo, sin ser nunca destruida, y siempre generando nuevas asociaciones. O, tal vez la palabra alma, una palabra que desgarró al hombre en dos, una herencia terrible, un continuo maleficio de nuestra vida. Apenas puedo pensar en un logro mayor que escribir la historia de esta palabra, alma. Es imposible, como es bien sabido. Así como nadie puede ver sus propios ojos, nadie puede llegar al fondo de esta palabra, alma. Pero probablemente podamos decir: la creencia en un alma, esto es la creencia en algo que a lo sumo existe en la imaginación, esta creencia es la base sobre la cual se construye toda la vida moderna. Esto no siempre ha sido así. En la antigüedad la gente pensaba lo contrario. La gente de Asia piensa lo contrario. Pero sería vano si intentamos librarnos de esta pesadilla, porque el lenguaje la ha asegurado por la eternidad de nuestra existencia.

¿Desearía más ejemplos todavía? Luego considere la palabra átomo en la que se basa nuestra ciencia. Ciertamente es una mentira, ciertamente es una idea tonta que ni siquiera puede ser divertida, porque ¿cómo debería ser algo indivisible? O la palabra vida. Algo vive, sí, y sabemos que no hay nada que no esté vivo, que la piedra está tan viva como el pájaro que se sienta sobre ella. Hablamos de la muerte y le tememos; Sin embargo, sabemos que no hay muerte. Hablamos de los cinco sentidos y sabemos desde hace bastante tiempo que hay más de cinco. Hablamos de naciones establecidas y, sin embargo, podemos ver que los europeos son un pueblo nómada. Nos llamamos alemanes y a nuestros vecinos: austriacos, suizos u holandeses y, sin embargo, hablamos el mismo idioma, venimos de las mismas tribus, somos primos y hermanos. Uno ya puede predecir las trágicas consecuencias de esta ridícula locura de llamarnos alemanes. Y ahora toma un nombre como belga o ruso. El hecho de que no comprendamos lo que sucede en el Imperio zarista se debe en gran parte al hecho de que concebimos a los rusos como un pueblo uniforme porque nuestro lenguaje nos seduce a pensar esto. En realidad, hay aún más variedad allí que en el Imperio Romano de Augusto, un verdadero caos de razas y pueblos, una confusión babilónica de idiomas.

Uno se podría preguntar qué tiene que ver este argumento seco y bastante problemático sobre el lenguaje con las tendencias de nuestra era moderna. Pero he tratado de establecer una base por mí mismo sobre la cual quizás poder continuar construyendo. Ya he expresado mi opinión de que estamos en el umbral de una verdadera revolución cultural, frente al intento de restablecer la armonía entre el hombre y la naturaleza que se interrumpió durante mil años. Hay muchos signos de esto. La pregunta es simplemente si a Europa le queda suficiente energía para desarrollar las fuerzas en ciernes. No lo responderé, -aún no es posible- pero considerar esta pregunta es de suficiente interés para justificar nuestras reflexiones. Y si se debe considerar, que lo primero es probar la herramienta con la que se construirá esta nueva era y esto, como dije al principio, es el lenguaje. El espíritu del lenguaje es uno de los indicios que más traicionan la dirección de esta tendencia y es también el más fidedigno.

Desafortunadamente, no resulta ser muy favorable en lo que respecta a la posibilidad de un fuerte desarrollo cultural en Europa. Nuevamente, tendré que llevar un poco más allá la confusión de las palabras para poder hacerme entender sobre lo que quiero decir. Que yo elija el idioma alemán no debiera ser puesto en mi contra. En lo que respecta a mi conocimiento de lenguas extranjeras, yo considero que lo mismo también es cierto para ellas.

Hace un momento mencioné la palabra alemán. ¿No es extraño que el polaco Kantorowicz sea considerado alemán mientras que Gottfried Keller o Karl Spitteler o Boecklin se hacen llamar suizos? Es al menos inexacto. Kantorowicz es y seguirá siendo un polaco y, a lo sumo, es un sujeto del Imperio alemán, pero nunca un alemán; Keller es alemán de principio a fin y solo secundariamente es ciudadano de Suiza. Usar Alemania e Imperio alemán como sinónimos es un grave error lingüístico que conducirá a errores de pensamiento y acción en el transcurso del tiempo. La negligencia del habla abre un abismo artificial que, después de un tiempo, será difícil de superar.

En este caso particular, el lenguaje es irreflexivo. E inmediatamente recordamos que hay miles de casos como este. Decimos que sale el sol y sale la luna. Esto es simplemente estúpido. Hay dos procesos completamente diferentes en acción. La luna realmente sale porque gira alrededor del mundo. Sin embargo, el sol está quieto y estamos girando a su alrededor. Solo un lenguaje irreflexivo puede describir con las mismas palabras dos eventos tan diferentes como estos. No es de extrañar que los descubrimientos de Copérnico aún no hayan penetrado en la mente de las personas. Hace poco me di cuenta de que le había dicho a un conocido que había ido de Dortmund a Ámsterdam. Esto es estúpido. Nunca en mi vida he ido (gegangen = caminado) tan lejos. O un paciente me dice que tuvo una noche terrible (schreckliche) y luego se descubre que estuvo despierto durante una hora. Mal si eso lo asusta (wenn er darüber erschrickt). Miedo y ansiedad, qué raza de gente asustada seríamos si creyéramos nuestro idioma. Hoy la gente se divierte muchísimo, ¡encuentran un vestido nuevo terriblemente bonito!

Ya no sabemos qué significan las palabras, nuestro idioma ya no piensa. Alguien me dice: Querido amigo, una doble mentira y menosprecio de los ideales más altos, del amor y la amistad. El hombre no me ama ni soy su amigo, incluso usa la expresión burlesca. El corazón de uno podría romperse cuando uno considera a qué usos irreflexivos se somete la palabra amor. Le digo a mi esposa que he visto a Herr Müller hablar con Frau Schulze. Tonterías, ninguno de los dos estaba hablando, hablar es algo totalmente diferente de conversar. Con casi todas las palabras que digo tengo que decirme “para, solo estás diciendo tonterías”. Ha habido tantos comentarios irreflexivos como oraciones en mi discurso de esta noche. Y esto es lo mismo en todas partes y con todos los seres humanos. Intente solo una vez, prestar atención a lo que los otros dicen, o a lo que usted mismo dice; cada tercera palabra hay un error de pensamiento. O tome algo impreso, no un periódico, ya que de todos modos todo está mal en los periódicos, pero tal vez las obras de un gran poeta, digamos Keller o incluso Goethe, sin mencionar al gran estilista Nietzsche. Simplemente te reirías porque encontrarías tantas estupideces en la primera página. Este es un signo inquietante en términos de nuestra capacidad de desarrollo. Cuando un idioma se ha vuelto irreflexivo, cuando las palabras ya no expresan lo que significan, difícilmente puede esperarse tener un futuro. Este es el balbuceo infantil de la vejez. Ya no podemos distinguir las palabras cuidadosamente unas de otras; fluyen entre sí, ya no hay fuerza ni vitalidad en ellas.

Este proceso de envejecimiento se puede detectar en otras peculiaridades de nuestro discurso. Exageramos porque las palabras son huecas, discurremos. ¡Cuán a menudo hemos experimentado la más maravillosa cosa! ¡Cuántas veces hemos encontrado algo indescriptiblemente estúpido! Cuántas miles de veces hemos encontrado un miserable talento o un envidiable golpe de suerte. Por vergüenza, en un lenguaje decente, nada debería ser envidiable. ¡Y qué hay de todas las cosas que llamamos maravillosas! Y, sin embargo, por desgracia, no creemos en las maravillas. Porque estamos rodeados de ellas.

Todo esto es muy triste, y lo más triste es que son los sentimientos e impulsos más valiosos del hombre los que son devaluados por el lenguaje. Ya he mencionado el amor y la amistad, pero volvamos a preguntarnos (Wunder). Nosotros bewundern (admiramos) a una mujer hermosa, una vista maravillosa, una pintura perfecta, una mesa festiva, champán frío y un tapiz de cuero. Las cosas han ido tan lejos que ya no hay nada de lo que podamos maravillarnos ((bewundern). Nos hemos vuelto tan indiferentes y deslucidos que ya no somos capaces de admirar, aunque podríamos aprender algo de cada brizna de hierba o de una pulga. Nosotros ya no poseemos la más maravillosa de las características humanas, la capacidad de admirar. Solo imaginamos que lo hacemos. Estamos realmente dominados por la pseudo-sabiduría del *Nil admirari*. Puede que no hayamos llegado tan lejos como el británico con su “very fine deed” o el italiano con su “bellissimo”, o su “stupende”. Pero tenemos que admitir que un lenguaje que usa conceptos de esta manera es infantil, senil. Ya no tenemos sensaciones juveniles, y es por eso que tenemos que embriagarnos artificialmente con palabras. Adónde nos llevará esto es obvio. Primero al pensamiento equivocado, gradualmente a la visión y el aprendizaje equivocados. Solo tiene que establecerse cómo pocas personas pueden ver o escuchar, cómo no pueden distinguir entre redondo y angular, incluso cuando lo intentan, cuántos aplauden la mala música simplemente porque exageran, cuántos compran malas obras de arte simplemente porque exageran, cuántos toman una mala persona por una buena porque así es expresado. Uno tiene que tener mucha esperanza para confiar en un buen futuro.

La palabra individual se ha devaluado. Desafortunadamente esto no es todo. El dialecto individual también se ha devaluado, y todo el mundo está tratando de destruirlo por completo, primero el estado y luego las personas educadas. Algunas veces recordamos que hemos perpetrado un sacrilegio cuando privamos a una región de su individualidad, y, sin embargo, seguimos entusiasmados con las escuelas primarias y la educación general para todos. Esta es una tendencia de estos tiempos, una tendencia que hace todo lo posible para difuminar las distinciones, las jerarquías en las que, si no el mundo, al menos toda la cultura se basa. De hecho, es un espectáculo triste. De la misma manera en que las sobrias vestimentas de nuestro tiempo gradualmente erradican a todas las vestimentas nacionales, de modo que solo los más pobres continúen llevándola, el lenguaje trabaja hacia la uniformidad, más lentamente pero con mayor certeza, y uno puede resolver el tiempo que llevará hasta que el lenguaje² burocrático sajón se hable en todas partes, diluido y despojado de todas las ideas que Lutero expresó en él; porque las pocas buenas mentes y los poetas no podrán detener el proceso una vez que todos los oficios y profesiones y particularmente cada escuela comience a difundir el alemán estándar (Schriftdeutsch).

La escuela, la educación y, sobre todo ello, nuestras madres. Uno no se detiene en destruir los dialectos, uno intenta intensamente destruir la lengua materna misma, con toda inocencia, por supuesto, una estúpida inocencia. ¿Qué es mejor en la visión moderna que poder hablar idiomas extranjeros? Sin embargo, al alemán ya le resulta difícil expresar sus pensamientos con precisión en alemán. En un idioma extranjero nunca tiene éxito. En el idioma extranjero habla incluso con menos precisión que en el suyo; allí, el uso de palabras a menudo no se corresponde con el concepto en el que está pensando. Cuando no podemos pensar en una expresión en nuestra lengua materna, tomamos otra sin dudarle, y cuanto más lo hacemos, más fluidos somos. No es tan importante en el caso individual. Muy raramente, nuestra gente educada tiene algo original que decir, por lo que en última instancia, ya no importa si repiten ideas preprocesadas al modo de los loros, en alemán, inglés o francés. Cuanto más común se vuelve hablar en lenguas extranjeras, mayor es el peligro de que la falta de pensamiento se extienda a aquellos círculos que todavía tienen una conciencia espiritual, y que los hombres que piensan sean seducidos por una lengua descuidada y el pensamiento. Ya se considera una desgracia que las personas decentes no puedan hablar inglés o francés con fluidez; sin embargo, hablar con fluidez es más difícil cuanto más uno tiene la costumbre de pensar.

Este es un hecho bien conocido; Goethe, aunque se esforzó mucho desde su más tierna infancia, nunca mantuvo una conversación sin dificultades en francés e italiano, sin mencionar el inglés, y Nietzsche ni siquiera pudo hacerlo, aunque vivió en Italia y Francia durante años. Las personas como ellas, hoy en día, tendrían que escribir desordenadamente para no convertirse en un hazmerreír. Ahora, yo creo que un simple error de Goethe o Nietzsche contra su conciencia intelectual habría hecho más daño del que podría ser suplido por la utilidad para nuestras mozas de la capacidad de conversar con un galán extranjero. Se dice que la irreflexión no está en la naturaleza de la mujer, sino simplemente que es una consecuencia de su esclavitud espiritual. Si esto es cierto, entonces el aprendizaje de idiomas extranjeros es un cierto medio para mantener a las mujeres en su esfera de esclavitud espiritual. Esto estaría relativamente bien para nosotros los hombres. Cada palabra irreflexiva produce en nosotros pensamientos y acciones, siempre que amemos la boca que la pronuncia.

Podría reforzar mis dudas sobre la probabilidad de un renacimiento cultural con algunas características más del uso lingüístico moderno, pero más bien trataré de averiguar si hay algún consuelo en este uso. Dos puntos me impactan. El primero se relaciona con lo que dije anteriormente; Es el intento de inventar un idioma mundial y hacerlo accesible para todos. Claramente, sería mucho mejor para nuestra educación espiritual y, me gustaría decir, para nuestra moralidad, si solo hubiera un idioma extranjero para aprender y uno que no poseyera tantas sombras y matices como los idiomas modernos. Sería menos dificultoso hablar con la verdad. Desafortunadamente, tal desarrollo se opone a la fuerza más fuerte de nuestra época: la vanidad de la mujer. Dado que ellas quieren demostrar que son nuestras iguales espirituales, no renunciarán al único campo en el que sin duda son superiores a nosotros, es decir, charlar en lenguas extranjeras.

El otro punto que me gustaría aclarar y que me da esperanzas es el uso de las palabras extranjeras. Un idioma como el alemán, que puede digerir e incorporar y, por lo tanto, germanizar muchas palabras

extranjerías, no se puede llamar senil. No comparto la aversión moderna a las palabras extranjeras. Un exceso es ciertamente dañino. Sin embargo, me alegro de que cada palabra extranjera sea una ganancia genuina para el idioma. Y no puedo ver por qué “Nación” o “Mikroskop” no deben considerarse buenas palabras alemanas. Una comparación con décadas o siglos anteriores es muy instructiva. Una palabra que suena extraña en Goethe no es ofensiva cuando la usa un contemporáneo. Y si uno considera qué tipo de alemán se habló antes y después de Goethe, el alemán intervino con sonidos franceses e interrumpido por oraciones en francés -debe haber sonado como el alsaciano moderno- entonces se puede decir que a este respecto hemos recorrido un largo camino.

En este sentido deseo agregar algo más. Quien haya seguido el desarrollo de la literatura en los últimos treinta años debe admitir que algunos escritores, al menos los mejores escritores, recientemente se han vuelto más conscientes en su uso del lenguaje. Es un hecho cierto. Y con esta creciente conciencia en el uso del lenguaje, los artistas y escritores han logrado casi espontáneamente una creciente precisión del pensamiento y un mayor cuidado en la composición, la elección de ideas y materiales. Sería gratificante estudiar este avance en las artes, y las razones para ello, en una charla separada.

Para resumir mi discusión laberíntica en una breve fórmula, que puede considerarse como una convicción, ofrezco la siguiente declaración: Somos bárbaros, pero tenemos la posibilidad de producir una cultura genuina en el futuro. Pero el lenguaje, la herramienta más importante para avanzar en esto, nos falla casi por completo. Quizás más adelante aparecerán otros medios que son más útiles para el espíritu y para la verdad.

‘Von der Sprache’ (Hin zu Gottnatur, Leipzig, 3rd ed. 1912). Reprinted in *Psychoanalytische Schriften zur Literatur und Kunst*.

Publicado en: Groddeck, G. (1977). *The Meaning of Illness*. *Int. PsychoAnal. Lib.*, 105:1266. London: The Hogarth Press and the Institute of PsychoAnalysis. Copyright © 2014, Psychoanalytic Electronic Publishing. Help |pp 248 - 264

Volver a Bibliografía Georg Groddeck
Volver a Newsletter-12-ALSF

Notas al final

1.- Von der Sprache' (Hin zu Gottnatur, Leipzig, 3rd ed. 1912). Reprinted in Psychoanalytische Schriften zur Literatur und Kunst

2.- Standard German is based on the language of Luther's translation which was developed from the German used in the Imperial offices of Saxony at the time.